

CAPITULO X

EL LUCRO: SISTEMA NERVIOSO DE LA
CIVILIZACION OCCIDENTAL

La supervivencia, muy precaria por cierto, del lucro, impidió que el desplome del mundo romano significara una ruptura abismal con el oriente y la cultura clásica. Como una poderosa novilización de reptiles, el espíritu de la utilidad que fué elemento hegemónico en el medio milenio anterior a Cristo y durante todo el esplendor romano, se fué infiltrando en el rescoldo en que respiraba la vida, eludiendo unas veces la acometida organizada del cristianismo y otras sirviendo de mala manera y

poco eficazmente, a los nuevos amos, a los bárbaros caídos desde el Norte.

Ya vimos que la actividad comercial que antes fué lícita y próspera, se tornó objeto de menosprecio, hecho que la abandonó a la explotación de extranjeros. Así, sobre las rutas del lucro, ahora transitadas por sirios, judíos y algún bárbaro de Galia, Occidente no sólo siguió recibiendo de Egipto aceites y dátiles como el citado caso de San Hospicio de Niza, sino especias, canela, clavos de olor, y pimienta, como lo demuestran los depósitos de la Aduana de España, donde estos artículos significaban pagos de impuestos, etc. Pero además, por las rutas del lucro, también fluían el papiro y las grandes discusiones filosóficas y religiosas en que estremecía la Antigüedad Oriental. "Las relaciones que los bárbaros conservaron con el Imperio Bizantino --dice Pirenne-- permitían que subsistiera una vida económica en la que es imposible no ver una continuación directa de la antigüedad... Fué precisa la brusca irrupción del Islam en la historia durante el siglo VII, --sigue diciendo-- y su conquista de las costas orientales, meridionales y occidentales del gran lago europeo, para colocar a ésta en una situación completamente nueva, cuyas consecuencias debían influir en todo el curso ulterior de la historia. En lo sucesivo, en vez de seguir siendo el vínculo milenario que había sido hasta entonces, entre Oriente y Occidente, el Mediterráneo se convirtió en barrera... De este hecho fundamental se deriva

y los de Egipto y Asia Menor. De allí que cuando se produce el bloqueo completo de Europa Occidental, período comprendido entre el siglo IX y el XI, ya la fisonomía de su vida política y económica estaba trazada. Lo que vendría luego sería el mundo que el cristianismo comenzó a dibujar con las cenizas encangrentadas del Imperio Romano y en donde el lucro sería un catacúmeno, el trashumante clandestino en las alforjas de algún burgués aventurero. Pero el puente estaba firmemente tendido, asegurado por los hilos imperceptibles de la avaricia, o el deseo de utilidad de algún comerciante audaz.

Una Sociedad sin Lucro

Al derrumbarse el Imperio Romano sólo le sobrevive una especie de organización, pero que ofrece a la vista una estructura armónica y jerarquizada: la Iglesia. Dice don Fernando Lot que la Iglesia del Siglo VI "es ante todo el episcopado en donde el obispo reina como un Soberano", y a-

grega: "El Obispo domina a los feligreses por el ascendiente de su nacimiento, siempre ilustre; por su conocimiento de las Escrituras y un cierto barniz de las letras antiguas; por la pureza de su vida y por la riqueza, ya que la jerarquía eclesiástica le otorga una gran influencia económica y social". (1)

Pero hay un hecho que quizás sea el más significativo de este período. Tal como ocurría 4,000 años antes, entre los egipcios primordialmente, el hombre de este momento considera que la prosperidad de su comunidad depende de la fuerza y santidad del obispo y porque teme a la cólera divina se hace un agudo fiscalizador de la vida privada y pública del jefe de su iglesia, y por esta razón, entre otras, vemos que la importancia de la Iglesia crece en la medida en que mengua la autoridad y la eficacia del Estado. Vacío que deja la quiebra creciente de la autoridad laica, territorio que ocupa el poder de la Iglesia. Y frente a un Estado cada vez más pobre, que no puede solventar los más elementales servicios, se alza un sistema eclesiástico cada vez más rico y opulento. Así vemos cómo, por ejemplo, el obispo Félix de Nantes construye malecones para contener las frecuentes inundaciones del Loira; Desiderio de Cahors es quien dirige y organiza

(1) F. LOT: "El Fin del Mundo Antiguo y los Comienzos de la Edad Media"- Pág. 339

las defensas de la ciudad; la Iglesia de Maguncia la que levanta diques sobre el Rhin, etc. Además, la Iglesia realiza una amplia labor caritativa entre los prisioneros y los esclavos así como en los hospitales y orfanatos.

De otra parte, el imperio del derecho de asilo hace que cada Iglesia se convierta en un sólido y cálido abrigo para todo perseguido. "En el siglo VII --dice Lot-- la inmunidad ya no consiste solamente en la exoneración de las contribuciones; trae consigo la prohibición a los jueces de penetrar en los territorios del immune para celebrar en ellas sesiones judiciales, percibir multas y capturar a los acusados." (1) Pero para formarnos una idea más cabal aún del creciente poder de la Iglesia, basta añadir que en la acción criminal, los sacerdotes y diáconos no pueden ser juzgados por el poder secular sin una instrucción previa levantada por el obispo. "En lo civil, si los tribunales seculares son competentes para las causas referentes a la propiedad inmobiliaria o al estatuto personal, incluso en lo que concierne a los clérigos, para las causas civiles propiamente dichas, susceptibles de entrañar un arreglo pecuniario, el obispo es el único competente." (2) En consecuencia, el obispo se convierte en una persona intocable, contra la que únicamente puede proceder un concilio. Concesiones como ésta y que formaban parte del cuerpo de privilegios que los me-

(1) F. LOT: Op. Cit. Pág. 340

(2) F. Lot: Op. Cit. Pág. 340

rovingios concedieron al clero, determinaron la progresiva abdicación del orden secular en favor de la Iglesia.

Esta manifiesta declinación del poder civil fué lógicamente sostenida por la liviandad y frivolidad de las costumbres palaciegas en las que predominaban la conspiración, el atentado de hermano contra hermano, el crimen, el espionaje y la traición. A la altura del Siglo VII, dice Lot, "el soberano es literalmente un degenerado vicioso que muere joven, víctima de sus excesos". (1) El nivel académico es cada vez más bajo hasta el punto en que todo atisbo de inquietud intelectual desaparece. El orden tosco y grosero de los bárbaros es el que impone patrones. Es el momento en que después de largos milenios, Europa saca la vista del Mediterráneo y la vuelve hacia el Norte, porque ya nada tendrá que buscar hacia el Sur. Toda la actividad económica ha quedado virtualmente liquidada y las comunicaciones intelectuales y artísticas van sostenidamente languideciendo hasta desaparecer en la práctica. Y en la medida en que los merovingios se van esfumando del escenario político, en la misma medida se aleja el Mediterráneo de la perspectiva europea. El nuevo mundo carolingio se tornará introspectivo e irá hacia el norte a buscar lo que ya le niega el sur.

(1) F. LOT: OP. CIT.

La Economía Carolingia

Uno de los propósitos más fielmente sostenidos por Carlomagno fué el de sanear la moneda dentro de las fronteras de su imperio que se dilataba desde el Ebro hasta el Elba. Trató esforzadamente de erradicar la irresponsabilidad y la confusión que en este campo entronizaron los últimos merovingios. Sus éxitos fueron modestos. Sin embargo, hay que reconocer que sí creó un sistema monetario, centralizando y controlando las emisiones aunque el metal predominante fué la plata. (1) El sueldo oro virtualmente desapareció.

El siglo IX ve avanzar sobre Europa una de las primeras grandes hambrunas que recuerda la humanidad Occidental. Este suceso sirve al Emperador para expedir un Capitular en que prohíbe y condena la usura y fija sanciones. La condena no sólo se contrae al préstamo con interés, como era practicado hasta entonces, sino a los préstamos de cereales o a cualquier artículo que dentro de las circunstancias fuera susceptible de tráfico. El capitular (2) se dirigía específicamente a la condena y pre-

(1) Facilitó la acuñación de monedas de plata la intensiva explotación de las minas de Harz y de Bohemia y de otra mina situada en Potou de Nable.

(2) En los siguientes artículos del Capitular de Nimega - Marzo de 806 que cita Latouche pueden apreciarse las intenciones trascendentes del legislador:

vención de cualquier tipo de especulación. Es digno de tener en cuenta que ya en las postrimerías del reinado de Carlomagno, Europa se vió constantemente perseguida por el hambre, como aquellas hambrunas que la asolaron por tres años consecutivos, desde 806 hasta 809, y que muchas de las disposiciones que condenan la usura y la especulación iban encaminadas a impedir el abuso. En esos tiempos de apretada y sostenida penuria era habitual el antivipar dinero o especies a un agricultor y reclamar al vencimiento de la obligación, siempre en períodos de cosecha, el doble o el triple del préstamo original. "Es voluntad nuestra --decía Carlomagno en un Capitular sin fecha, pero que probablemente fué expedido hacia el año 810-- que nadie exija ya intereses en ningún caso. El que lo haga deberá pagar la multa debida por violación de ordenanza."

En este monarca se hace principio un concepto que penetró

Artículo II - Hay usura cuando se reclama más de lo que se da; por ejemplo, si has dado 10 sueldos, y reclamas más o si has dado un medio de trigo y después exiges otro medio más.

Artículo 14 - La avaricia consiste en codiciar los bienes ajenos y en no darlos a los demás cuando se han obtenido. Según dice el Apóstol, es la raíz de todos los males.

Artículo 15 - Los que por medio de diferentes maquinaciones intrigaran de manera deshonesta para amasar bienes de todas clases con intención de lucro, realizan una ganancia infame.

Artículo 16 - El préstamo consiste en proporcionar algo; el préstamo es justo cuando no se reclama más que aquello que se ha dado.

Artículo 17 - Todos los que en el tiempo de siega o en el de la vendimia adquieren trigo o vino sin necesidad sino con una segunda y oculta intención de codicia, por ejemplo, comprando un medio por dos denarios y guar-

a Occidente con la miseria de los cristianos, concepto que se hincaba en las plegarias de los profetas: la caridad. El ejercicio de la caridad se tradujo durante la administración carolingia en una ley económica de extraordinaria importancia: el establecimiento de un control de precios de los artículos de primera necesidad. En el sínodo reunido en Francfort en el año 794, Carlomagno, con el voto unánime del clero, fijó los precios máximos para los cereales que se comerciaban al detal, (1) disposición que se cumplió escrupulosamente, en todo tiempo, ya que las autoridades desplegaban celo extremo en su cumplimiento. Sin embargo, es importante señalar que, pese al hecho de que la economía carolingia se encaminaba a lo que luego fué una economía natural, simple y rústica, Carlomagno permitió y fomentó la existencia de mercados (2) en todo el ámbito del imperio, mercados en los que se realizaba durante ciertos días de la semana --sábados y algunos domingos-- una modesta actividad comercial --compra y venta de artículos-- siempre bajo las estrictas disposiciones que regulaban el comercio y de las que ya hablamos anteriormente.

dándolo hasta poder revenderlo a 6 denarios o más comete lo que llamamos ganancia deshonesta. Si al contrario, lo compra por necesidad a fin de guardarlo para sí o para distribuirlo a otros, llamamos a esto una operación de comercio.

- (1) La avena se fijó en medio denario --de los nuevos-- la cebada en 1 denario; el centeno en 2 y el trigo en 3. Los panaderos debían vender 12 panes de trigo, de 21 libras de peso cada uno, por un denario.
- (2) "Se trata de pequeños mercados semanales, en donde los campesinos de los alrededores ponen en venta unos cuantos huevos, pollos, unas libras de lana o unas varas de burdo paño, tejido en casa." H. PIRENNE: Op. Cit.

Pero la compraventa, dice Pirenne, no es ahora una ocupación normal, como lo fué en el pasado. En realidad, cada cual se contenta con producir lo estrictamente necesario para vivir y, generalmente, sólo produce aquello que puede, dentro de sus recursos. La vida económica carolingia gira alrededor de la casa señorial, de las "villis", donde obreros, orfebres, agricultores, textileros, canteros, herreros, chalanos, etc., producen cuanto el señor ha de necesitar. Las villas --fincas-- carolingias son verdaderas factorías, sometidas a estrictos regímenes administrativos. Por estas razones, las villis eran auténticos mundos cerrados, sin relaciones comerciales, visitadas muy de tarde en tarde por algún mercator --judío-- que llegaba a través de España procedente de Siria, Bizancio, Egipto, trayendo algún paño excepcional, especias, particularmente la carísima pimienta, incienso y tintes.

Era el mundo sujeto a la tierra que la Iglesia tanto había propiciado. Y así, en un sistema plúticointensamente cuarteado en estancos señoriales, la Iglesia era la única institución que exhibía un aparato organizativo universal. De otra parte, ante una sociedad cada vez más ignorante, inculta y desprovista de los más elementales conocimientos teóricos, la Iglesia monopoliza el hábito de escribir y leer. Esto explica el por qué durante dos largos siglos, los reyes, príncipes y señores encuentran en el clero los cancilleres, notarios, secretarios, etc., que nece-

sitan los gobiernos. De igual modo, en medio de una pobreza general, creciente, la Iglesia es la única que muestra evidentes rasgos de prosperidad y estabilidad, porque, indiscutiblemente, los clérigos fueron hábiles administradores, ya que entonces eran los únicos que podían realizar polípticos veraces, de contabilizar ingresos y egresos, etc. Además, gracias a las donaciones y las limosnas, es la Iglesia una de las pocas instituciones de la alta Edad Media que dispone de efectivo, lo que la convierte en prestataria de señores, reyes y necesitados.

Este mundo de la Iglesia era el mundo del silencio. En él, la razón del trabajo no es enriquecerse sino sobrevivir y conservar, hasta que la muerte lo libere, el lugar que correspondió al hombre a su nacimiento, ya que el orden terrenal existente no es otra cosa que la voluntad incommovible de Dios. Así, pues, la pobreza es de razón divina y cualquier esfuerzo por mitigarla puede conducir al pecado de avaricia. Es un mundo oscuro, rústico y miserable, donde hasta el arte había llegado a sus más tímidas y burdas expresiones, al punto de casi desaparecer. El cristianismo condenó abiertamente todo lo que constituía y representaba la belleza antigua. Los Padres de la Iglesia, en su persecución enfermiza a la idolatría pagana, condenaron todo tipo de representación humana, --estatuaria, grabados, murales, decoración de vasijas, etc.-- Particularmente, la Iglesia prohibió el desnudo como tema artístico. Este

mundo, que comenzó a formarse en los albores del siglo V ha llegado ahora, en las postrimerías del siglo IX, a los límites mismos de la muerte en vida. La tierra es en realidad una ancha y pesada mortaja en donde la existencia espera por su eterna liberación. Este es el mundo sin lucro, el mundo del silencio que dibujaron en sus sueños coléricos los profetas de Israel.

CAPITULO XI

EL CERCO NORMANDO-ISLAMICO DEL LUCRO

La economía carolingia, que al igual que su predecesora, la merovingia, volvía sus ojos hacia el norte a causa de la presión islámica en el sur, fué sorpresivamente degollada en los albores del siglo IX --año 814-- por la llegada de los hombres del norte, los normandos. En grupos prácticamente diferenciados invadieron y asolaron todo el septentrión europeo: los daneses se lanzaron contra el reino franco; los noruegos fueron hacia Inglaterra, Islandia, Groenlandia y posiblemente América (1) y los suecos atravesaron el Báltico, cruzaron

(1) De acuerdo con la Groenlandigs Saga, en el verano de 985-986 Bjorn Herjolfsson, avistó sin desembarcar, tierra americana.

Rusia, descendieron el Volvoij, siguieron el Dnieper hasta el Mar Negro y se aparecieron en Bizancio (1) no sin antes dejar instalaciones permanentes, --militares y comerciales-- en Kiev, Novgorod, Smolensko, etc.

El acoso normando fue de una extraordinaria importancia en la consolidación de la economía dominial europea. La arquitectura de los barcos vikingos, de muy poco calado, les permitió avanzar por los ríos, incluso por afluentes, hasta zonas profundamente interiores del reino franco. Ciudades, plazas fuertes, mercados, monasterios, que se levantaban junto a esos caminos de agua y que habían adquirido enorme importancia al producirse el acoso exterior de los islamitas, quedaron al alcance voraz de la codicia normanda. La economía franca, que desde un siglo antes filtraba sus intereses hacia el norte, como necesidad impuesta por el cerco musulmán, no preparó con la oportunidad indispensable un aparato militar capaz de defender sus crecientes intereses económicos. En particular, el imperio carolingio carecía de flota. Esta circunstancia permitió una amplia y segura labor a los normandos, quienes incorporaron a su dominio no sólo los estuarios y ríos del Mar del Norte, sino al propio Mar Atlántico. Establecieron en las zonas bajas del Escalda, del Mosa y del Sena, así como en Inglaterra, Escocia e Irlanda, poderosos

(1) En 939, Teófilo, emperador de Oriente envió a Ludovico Pío una embajada entre la cual se encontraban algunos suecos que deseaban regresar a su tierra a través del imperio franco. Al final de su viaje, estos comerciantes suecos --Rhos-- habían circunvalado la Europa Continental.

campamentos y depósitos de almacenaje en los cuales se apilaba el fruto de las incursiones al interior, fruto que luego sería remitido a Dinamarca y Noruega.

En las orilla silenciosas y grises de la Europa Carolingia la frenética actividad económica, de incentivos lucrativos, mantenía vivas y bulliciosas las comunicaciones y el intercambio intelectual y comercial. Siguiendo probablemente los misteriosos caminos que trazó el ámbar durante los tiempos del neolítico, los mercaderes suecos, los rhors, se instalaron en la Ucrania y desde allí, abrieron rutas permanentes al Mar Caspio y al Mar Negro. Por la primera comerciaron con los musulmanes; por la segunda, con los cristianos de Constantinopla. Hacia el Norte los Rusos de la Ucrania enviaban especies, vinos, sederías, orfebrería, tintes, etc., que cambiaban por miel, pieles y, sobre todo, por esclavos. Pero es evidente que el tráfico escandinavo adquirió proporciones extraordinarias, porque mientras de una parte el comercio con Constantinopla y Bagdad era intenso y fluido, de otra, el que

noruegos y daneses sostuvieron con Inglaterra, Islandia, Groenlandia y Escocia se multiplicó cuando decidieron sustituir los riesgos y quebrantos de la piratería por las operaciones más sosegadas, pero igualmente productivas, del comercio. Así, hicieron de la Isla de Gotlandia un gran centro de distribución y los descubrimientos realizados en la actualidad demuestran que en los mercados de Gotlandia era normal el uso de monedas inglesas y griegas, así como las propias de Hamburgo, Tiel, etc., en el Báltico. Tan intenso fué el contacto comercial de Inglaterra con Noruega y Dinamarca que durante un breve período --18 años-- (1) integraron una comunidad política.

El mundo europeo de las postrimerías de la alta Edad Media ofrece un espectáculo extraño y significativo. Se nos presenta de una parte, como una masa continental densa, estática, oscura, donde todo movimiento parece pro-

(1) 1017-1035 durante el reinado de Canuto el Grande, hijo del danés Svein.

hibido, mientras en sus confines, en las orillas de este sólido cuerpo geográfico, rugientes expediciones de aventureros normandos e islámicos bullen incesantemente. Es, por ello, que en este momento se hace más perceptible la valencia y coexistencia de dos sociedades que vivían tiempos y realidades distintas: aquí, en el centro, el mundo del más allá, intemporal, el mundo cristiano del escape; allá, en la periferia, el mundo pujante, vistoso, optimista y creativo del lucro.

Aunque nosotros por las necesidades de exposición hemos tratado de describir la existencia de estos dos mundos como entidades absolutamente delimitadas y hasta beligerantes entre sí, en la práctica este divorcio absoluto nunca existió. Como lo hemos visto anteriormente, las irreprimibles caravanas de comerciantes sirios y griegos, y, algún tiempo después, de inquietos frisones, mantuvieron las murallas del universo desesperanzado del cristianismo siempre abiertas a las tentaciones pecaminosas del lucro. Es así como al producirse a la altura del siglo XII grandes transformaciones sociales y políticas como consecuencia del cerco férreo de musulmanes y normandos, Europa no encontró, como vía de liberación, otra ruta que la ruta del lucro.

En este instante el hombre occidental buscará en sí mismo las raíces de su viejo mundo y se lanzará al recobro del esplendor pagano tratando de reconstruir los cauces rotos del conocimiento científico, de la creación ar-